

HUARTE DE SAN JUAN

Un médico navarro por tierras del Santo Reino

POR EL DR. SANTIAGO LARREGLA

PARECE como si una especie de sino centrífugo hubiera actuado sobre los más grandes hombres que Navarra dió al mundo de la Medicina. Una cierta fatalidad los extrovertió de sus lares, o hizo que la condición nativa tuviera solo una leve tangencia a su historia, o nacieron en tierras navarras cuyo nombre y cuya geografía apenas las confirman como tales, o fué deformada por los cronistas la verdad de su naturaleza quedando como incluseros de la patria.

Hay en el siglo XVI, del que voy a ocuparme, un tetravirato de grandes médicos en estas circunstancias. El gran Servet pasa ante muchos como aragonés, pese a que en dos momentos trascendentales de su vida, casi uno de ellos es ya su muerte, declara ser natural de Tudela en el Reino de Navarra. Martín de Santa Cara es sacado de su tierra por el Emperador Carlos I para hacerle cuidar a su madre la Reina doña Juana que se abrasa lentamente en la llama patológica de su locura en el

castillo de Tordesillas, y quedan evaporados en aquella desolación los afanes profesionales de la juventud del hombre, amputado de su buen nombre nativo para la ciencia. Juan Navascués, farmacólogo insigne de Sangüesa, es discutido por los historiadores como navarro. Se le niega hasta el que sea médico, y hasta el que se llame Navascués, sino simplemente Navas. Todo viene de las referencias de Haller, de Nicolás Antonio, de Morejón, de Latasa. Después de penosas buscas he dado con el ignorado original de su Libro sobre los Cánones de Mesue, y allí, en aquella empolvada obra de 1550, he visto que el propio autor declaraba ser de Sangüesa en el Reino de Navarra, ser médico y llamarse Navascués. La fama de Huarte de San Juan, el navarro hecho andaluz, fué tal, que no consintió parecidas torceduras, aunque ha habido equívocos en su crónica. Tampoco las habrá en el recuerdo de Cajal, no obstante ser su navarrismo, mínimo, pues el pueblo de Petilla de Aragón, lugar de su nacimiento, es como un quiste navarro que desde el siglo XIII le salió al territorio aragonés en su propia entraña.

El andalucismo de Huarte tiene una motivación muy explicable. Nace el autor de "Examen de ingenios" en San Juan de Pie del Puerto, al otro lado del legendario puerto de Cisa, el actual de Ibañeta, donde la derrota de Roldán en los barrancos de Roncesvalles. Pero nace, como se va a ver, con un mal signo hogareño. Acaba de venir al mundo cuando es arrebatado lejos del pueblo nativo.

Una vez incorporado el Reino de Navarra a la Unidad Nacional por D. Fernando el Católico, queda al otro lado del Pirineo, en el Bearn francés, el pretendiente al trono, D. Juan de Labrit. Y un día, cuando la lucha con los Comuneros concentra todas las tropas imperiales en Castilla, ya desguarnecida Navarra, el de Labrit acude al Rey de Francia para que le ayude a entrar en España. Se basaba para ello en algunos incumplimientos de un plazo ya caducado, pues había un trato entre él y dicho monarca para que éste le ayudase en la restauración caso de llegarse a dicho incumplimiento. Se movilizan fuerzas a la orden de D. Andrés de Fox, Señor de Asparren, y éste no tarda en tomar fácilmente el poblado de San Juan del Pie del Puerto.

Sigue por las montañas y llega a Pamplona. Esta es asaltada por Asparren, ante una defensa insigne porque al frente, tratando de luchar hasta morir, hay un capitán que cae herido. Pero los asaltantes le tratan con toda piedad y cortesía. ¡Tiempos aquellos en que no se conocían las furias que han cristalizado en la figura delictiva del criminal de guerra, cuando cabía ser vencedor y amable, con esa caballerosidad que nos dejó plasmada Velázquez en aquel abrazo hidalgo que en su cuadro de Las Lanzas daba Espínola al humillado Alcaide de Breda! Aquel capitán herido fué luego San Ignacio de Loyola, y durante la convalecencia tensó el resorte con que había de poner en marcha la Compañía de Jesús.

Siguió Asparren hasta Logroño, pero vencidos los Comunes en Villalar, las tropas imperiales quedaron ya libres, y en las cercanías de Pamplona, en Noain, vencieron a los invasores; y el propio Asparren quedó herido y ciego para siempre. Después, en nuevo intento francés, vino el cerco de Fuenterrabía; y todo quedó saldado en favor de Carlos I.

Allá, al otro lado del Pirineo, los vecinos de San Juan de Pie del Puerto, demandaban ayuda, una vez liberados; mas fué imposible socorrerles, y en su difícil situación, que llevó a la constitución de una República de nadie, cayeron en definitivo dominio francés; y francés es desde entonces aquel lugar de Navarra.

En aquella localidad nació nuestro Huarte. En la portada de su libro hace constar este dato. Casi seguramente nació en aquel año de 1530. Es seguro que en seguida salió la familia a otras tierras. Fueron unos de los muchos que emigraron a raíz de la escisión de aquellos Ultrapuertos desamparados de toda tutela estatal española. Estos exilados pasaron en su mayor parte a España. Residieron muchos en Toledo, en Levante, en Andalucía. El biógrafo de Huarte, Sanz, nos dice que hay muchos documentos de reconocimiento de hijosdalguía y oriundez de navarros que habitaban por aquellos años en tales regiones.

Navarra veía con cierto recelo a los procedentes de aquella zona de Ultrapuertos, y era esta una de las razones de que pasasen de largo los emigrados a través del viejo Reino, disconfor-

mes, por otra parte, ellos, con la vivencia en la antigua zona ultraportana desnavarrizada, aunque su impregnación navarra nunca la perdió. Años después, en 1612, un viajero, Charles Claverie, en su *Relation d'un voyage en Espagne* hablaba de San Juan como de pueblo navarro.

El verdadero nombre del médico ha sido motivo de dudas. Se le ha llamado Juan Huarte Navarro, Juan de Dios Huarte, San Juan Duarte o de Ugarte, Juan de Dios Huarte Navarro y Juan Duarte San Juan. Mas en los documentos en que había que acreditar la personalidad firmaba así: Doctor Juan de San Juan. Así consta en su testamento y en los contratos editoriales y así también se le denomina en una Real Licencia dada al Concejo de Baeza, permitiendo se le conceda un salario por su asistencia médica. Pero en otro documento firma: Doctor Huarte San Juan.

Nada concreto sabemos de su familia, sino que tuvo un hermano llamado Miguel y dos hermanas, ambas de nombre Catalina, tal vez nacida la una después de muerta la otra. Así también se llamaba una sobrina.

Se ha dicho, por muchas plumas y lenguas, que estudió la carrera en la Universidad de Huesca, ciudad que albergó uno de los primeros centros de estudio españoles durante la dominación romana. Este hecho de su vida en Huesca, o por lo menos de su vida estudiantil, ha caído ya por tierra. Unos creían que allí estudió Medicina y otros que solo cursó Humanidades.

La Universidad Oscense tenía entonces gran importancia, y ejercía una autoridad escolar, legalmente reconocida, que imponía facultades coercitivas en materia didáctica. Así, el polígrafo Pedro Simón Abril, natural de Alcaraz (Albacete), dió lecciones en el pueblo navarro de Uncastillo, y la Universidad de Huesca, concedora de tal función docente hecha sin su consentimiento, movilizó sus fuerzas contra la actitud del albaceateño, hasta conseguir su excomunión. Este, atemorizado, se retiró a Tudela, en donde se hizo notar por sus trabajos literarios.

Pero la tantas veces repetida y comentada hipótesis de los estudios de Huarte en Huesca, se ha venido abajo. El admirable trabajo del P. Iriarte sobre este médico, prueba que fué estu-

dianete de la Universidad de Alcalá; cosa que ya se había conjeturado por ciertas alusiones a ella que hay en la prosa huartiana.

Según los libros de grados, colaciones y matrículas, Huarte cuenta entre los extraordinarios valores del pensamiento español que salieron de las aulas complutenses. Entró en Alcalá en 1553. Tendría aproximadamente veinte y tres años de edad. Durante los cursos de 1553, 1554 y 1555 aparece matriculado. No se sabe por qué no consta su asistencia en 1556, pero aparece de nuevo en 1557. Se nombra Juan de San Juan; de Baeza, Jaén. También vuelve a aparecer en 1559 doctorándose. El 26 de octubre hace uno de aquellos que eran denominados actos públicos para su consagración facultativa. Y el 29 de diciembre son las vísperas del grado de Doctor. El grado de bachiller en Medicina lo hizo solo en dos cursos.

Vivió nuestro hombre en la insigne Alcalá. En aquellos mismos años habría corrido por aquellas rúas y por las orillas del Henares, un niño, Miguel, hijo del cirujano local Rodrigo de Cervantes. Estaba Huarte entre aquella legendaria tuna; la del Colegio Mayor de San Ildefonso, la de Santa Balbina, de Santa Catalina, de la Madre de Dios, de San Eugenio, del Trilingüe de San Jerónimo. En los años en que estudió aparecieron los colegios de San Felipe y Santiago y el de los Manriques. Dice La Fuente, que iban los estudiantes vestidos de pardo paño, cerrado hasta el cuello, con dos agujeros para sacar las mangas. La beca que sobre el pecho cruzaba, era del mismo paño. El bonete era alto y cuadrado.

Es fácil y tentador para la imaginación siluetear a Huarte en tal guisa. Con sus compañeros entonaría el "Gaudeamus igitur" tradicional: vería salir para toda España los paquetes de aquella Biblia que hacía en su taller Brocar; iría en las festividades a Misa a San Juan de los Caballeros; asistiría al Hospital de San Lucas. Tiempos de algaradas estudiantiles (¿y cuáles no lo han sido?) aquellos, cuando el Cardenal Silíceo prendió al Rector Fuentenovilla. Corría el mosto y salía a relucir el naípe en las nocturnales de las hospederías, mientras acaso chocaban

dos espadas en la calleja debajo de la ventana, apenas entreabierta por una asustada mano femenina.

Para hacer, como hizo Huarte, el grado de Bachiller de Medicina en dos cursos, era preciso entonces ser Bachiller en Filosofía. ¿Dónde hizo estos estudios? Es este un punto oscuro de su vida. Pero sabemos que en Baeza hubo Universidad desde 1533, en que la fundó el Venerable Maestro Fray Juan de Avila. En ella, caso de habitar allí en su juventud el navarro, pudo realizar tales tareas docentes. Llegó este centro, allá por 1560, a tener más de tres mil alumnos. Mas no sabemos de modo exacto la localidad en que los Huarte vivían antes del comienzo de los estudios facultativos.

Todo hace presumir que no obstante era en Andalucía en donde se asentaron en su exilio. Ya hemos visto que por de pronto cuando fué el estudiante a Alcalá hacia constar que era de Baeza. Esta aclimatación de los navarros al ambiente bético, es proverbial. Hoy mismo, incluso parientes míos, hay aquí afincados. Uno de los más prestigiados hombres de letras de Sevilla, es un navarro, de Corella, que de joven hizo un viaje para ver las procesiones de Semana Santa; se enredó en las miradas de una graciosa andaluza, y en el kilométrico ya para siempre quedaron sin ser arrancados los tickets correspondientes a los 1.000 kilómetros que representaban el regreso de Sevilla a Pamplona.

En Baeza pudo, pues, hacer sus estudios literarios Huarte. Contaba la ciudad con más de veinte mil almas. Su gusto por la vida en Baeza aparece en su declaración de ser natural de ella. Como baezano se le consideró por muchos. Todavía en 1605, un médico, Luis Sánchez, que publicó cierto libro sobre el morbo gálico, libro editado en Valladolid, decía: "Maravillosa cosa es de considerar lo que cuenta el Doctor San Juan, médico andaluz muy docto, vecino de Baeza, donde yo asistí muchos años..."

Se ha pretendido, y lo ha defendido Guardia, que Huarte fué profesor universitario. En un párrafo de su libro, habla de lo que él hubiera hecho si hubiera sido maestro; luego no lo fué. Este dato, observado por el P. Iriarte, es elocuente. Menos admisible aún es la hipótesis del magisterio en Huesca.

Maestro, y más que otro cualquiera, sí que lo fué desde la

cátedra de su libro. Las prédicas de Vallés, de Mercado, de los sabientes de entonces, pasaron; pero las páginas del "Examen de Ingenios" permanecieron durante siglos, y todavía hay mucha vigencia en sus observaciones. La ciencia, pudiéramos decir, nodular, enquistada en su tiempo, de aquellos profesores, se atrofió falta de empuje; pero la de Huarte, la que dió al mundo desde su modesta posición profesional, no; no fué nodular sino difusa; y el mundo y el tiempo se impregnaron de su sabiduría.

Se vé en la obra del navarro un profundo conocimiento de los hombres y hasta de las pasiones regionales de España. Esto ha llevado a creer que en su juventud viajó mucho. Sabemos que trató con gentes andaluzas y manchegas; que en sus traslados conoció probablemente Madrid; que se codeó con escolares procedentes de diversas regiones; que tuvo relación con esa zona en la que convergen Toledo, Cuenca y Madrid, en la que estaba avecindado su cuñado, en Villarejo de Salvanes, quien también aparece otras veces en Corral de Almaguer, allá por esos campos llamados de Monte Aragón, en los que la fantasía colocó en una venta el retablo de Maese Pedro. La atención de Huarte, tan orientada hacia la observación psicológica, era apta para captar en el panorama humano matices que hubieran escapado a los ojos de otro cualquiera. Esto no contradice la posibilidad viajera. De él se ha sospechado, sin motivo conocido, que tal vez estuvo haciendo en Italia, como tantos otros, su vida bélicoaventurera, que en unos era puro idealismo y en otros hambre, como en aquel muchacho que (precisamente también en esa Mancha de Monte Aragón) iba por entonces a las levas de Cartagena diciendo aquella canción:

"A la guerra me lleva la necesidad,
si tuviera dinero no fuera en verdad".

Es cierto que grandes lagunas de la vida de nuestro biografiado no han sido aún rellenas de realidad. ¿Volvió Huarte por su tierra? Nada se sabe de esto. Pero es más que presumible que no. Mal podía haber allí ejercido. Estaba duro en Navarra el ejercicio profesional. El Protomédico, que era a la sazón el Dr. Sargoniz, había recogido la herencia de rigorismos que para con médicos y apotecarios dictó su antecesor, Santa Cara. Hubiera

además tenido que revalidarse en el recientemente creado Colegio de San Cosme y San Damián, que funcionaba en Pamplona y en Tudela, y que se imponía severamente. Aunque, como siempre ocurre, hubo por entonces un fingido médico, Maese Enrique de Francia, probablemente judío, que asistió al vecindario de Tudela por imposición de este que estaba sugestionado por el saber del fingido galeno.

Al parecer Huarte habitó más en Linares que en Baeza. Linares era inferior en importancia a lo que es hoy, al contrario que Baeza. La tendencia vecinal estaba orientada hacia Linares; y así declaraba que en Linares era donde tenía su casa principal. Desde Linares fué tal vez, y no de Granada como se ha dicho, de médico a Baeza. Mas conservaba su casa de Linares, en donde aparecía como vecino. Se ha dicho que fué titular de Tarancon. Nada lo prueba.

Lo que sí se sabe ciertamente es que en Agosto de 1571 fué contratado por el Concejo de Baeza para asistir a una epidemia. El escrito decía que allí no había médicos viejos y de *experiencia*. Quedó su actuación ajustada por dos años en vista de los buenos servicios prestados; y se le otorgaba un sueldo anual de doscientos ducados, y cincuenta fanegas de trigo. La Licencia para ello la dió el Rey D. Felipe II, en 1572. Este documento fué encontrado por Sanz, en 1914.

Por aquellos años había en España muchas epidemias de fiebres puntuales; las que historiaron Mercado, Corella, Paz de Herrera. También había bubas o faraones. Toda una literatura quedó de ello. Los nombres de Orozco, Salinas, Sepúlveda, Espinosa, Zamudio y Andosilla, quedaron registrados como expositores de aquellos males. De aquellas epidemias que hubo en Baeza escribió un libro médico; éste natural de la localidad; Rodrigo Ruiz Díaz de Isla. Decía cosas curiosas, como que las coles de las huertas de Baeza, cuando eran regadas con aguas contaminadas mostraban bubas. No es imposible que apareciesen algunas colonizaciones en el vegetal por gérmenes de algún tipo. ¿No las vemos los analistas a diario en la patata cuando en su tejido sembramos bacilos de Koch? Desde luego se ve que era Díaz de Isla un hombre listo, y además muy aprovechado, pues

nos cuenta que administrando medicación mercurial había ganado más de doce mil ducados.

Se sabe que Huarte casó con una D.^a Agueda de Velasco. Esta era una dama de origen también navarro. En la profesión de Fe de una de las hijas que tuvo el matrimonio, se hace constar que la madre era de San Juan de Pie del Puerto. A veces aparece mencionada esta señora con el apellido Villaba, tan navarro.

¿Cómo conoció Huarte a esta señora? ¿En Andalucía o en alguna visita que a su tierra natal hizo, ya médico? Más se acoplan los hechos al caso de ser la señora D.^a Agueda de una familia que, como la de Huarte, emigró lejos de su lugar de origen. Acaso lo hicieran ambas al mismo tiempo y por idénticas causas. La relación de origen habría mantenido estrecha la unión entre ellas. Vemos que el hermano de D.^a Agueda, Diego de Villaba, vivía en tierras manchegas. Pudo vivir con este antes de su matrimonio con el gran médico. La corregionalidad inicial fué de todos modos la circunstancia primaria que unió a los dos navarros ultraportanos. Nacidos en la tierra húmeda de los helechales, los robles y los prados, hicieron luego su idilio frente a la austera majestad de las llanuras rebañegas, salpicadas de olivos, donde pocos años después el más grande y noble de los locos, por obra de un manco inmortal, iba a soñar con el más imposible de los amores. Ha sido más de uno quien ha pensado que la manera psiquiátrica que Cervantes infundió a su héroe fué bebida en las sabias observaciones que pudo leer en el entonces reciente libro de Huarte.

Este escribió mucho sobre eugenesia y acerca de la conveniencia del concierto conyugal sobre la base de fisiologías encajables para el logro de frutos filiales prósperos. Daba consejos para conseguir en la procreación el sexo que se desease; algunos de ellos estaban relacionados con el tipo de alimentación. Quiero creer, estoy más bien seguro de ello, que todo esto era mera literatura, y que cuando eligió a Doña Agueda, actuó sólo la afinidad pasional que hasta en el más meticuloso y analítico biólogo salta por encima de estas un poco risibles enseñanzas. Actuó el hombre integral (y este lo era; todo un hombre, como

de Goethe dijo Napoleón), el hombre que se hubiera reído, en sus ímpetus amorosos, de estos artificios de cría caballar. Hijos de su pasión, y no de la técnica, serían los por él deseables; los moldeados por el eficaz cuidado que dicta el cariño. Interesa tener un hijo bueno, leal, de sangre pura; no un pura sangre.

La boda tuvo lugar en 1564. Tuvieron seis hijos. Una era religiosa (Agueda de San Agustín). Los otros eran: Rui López. Luis, que fué el encargado de la nueva edición del "Examen de Ingenios", Isabel, D.^a Sánchez y Antonia. Sin duda vivieron bien, pues el padre debió sostener muy dignamente su reputación profesional. Sabemos que en Linares tenía una casa, y también alguna finca. Concretamente hablaba en su testamento del batán que decía poseer en Guadarrizar, río de Ciudad Real y Jaén según describía. Cuando el tren, bajando de Despeñaperros, bordea esta vena fluvial, la veo con emoción; río de égloga, que casa bien con lo pintado por Cervantes cuando entre los pliegues de esos montes nos describía lavándose los pies en un arroyo a la pastora Luscinda. Por esas orillas iría nuestro amigo a vigilar aquel negocio del batán, conjugando en su mente las necesidades de padre de familia preocupado con la incrementación económica y aquellos juegos filosóficos que cristalizaron en su libro.

La casa en donde vivía Huarte en Baeza estaba en la calle de San Juan. Cree Sanz que en la esquina de la del Castillo. Mostraba en 1914 el número 13. En 1915 fué reedificada. Tenía Huarte gran amistad con un convecino llamado Alfonso Chacón. Nos lo dice Nicolás Antonio: "*Degebat cum Alphonsus Ciacones*". Este Chacón se sabe que era más joven que el médico, pues nació en Baeza en 1540.

La esposa de Huarte murió antes que él. Sólo sabemos que aún vivía en 1578. La viudedad duró unos once años, y éstos fueron los en que empezó a propagarse la fama del gran hombre, pues su libro apareció editado en el mismo Baeza en 1575. Y es sabido que se impuso enseguida y fué leído por todos los doctos de entonces. Las mieles de su obra tuvieron no obstante este amargor que daba la desaparición de la compañera amada. Fué un impresor de Baeza el que dió ocasión de gloria al in-

signe médico: la gloria en vida de ver impuestas sus ideas elaboradas en el diario amasijo con los tantas veces penosos deberes del sacerdocio clínico. ¡Loor pues a este buen editor, Juan Bautista de Montoya, que se acreditó como catador de genios! El texto que imprimió fué como la gran vasija científica en la que condimentaron su saber muchos publicistas posteriores a ella. Hubo un cierto prurito por entonces emulatorio 'de la actividad huartiana; pero no fué superada. Antes de morir Huarte, ya en 1587, habían salido a la luz pública dos obras que también interesaron mucho; ambas de temas biológicos: la de D.^a Oliva de Sabuco y la del catalán Jerónimo de Merola. A la primera sin duda la favoreció la circunstancia, entonces insólita, de ser debida a una mujer". Suelen éstas hacer constar por el contrario como una dificultad para su prosperidad profesional la condición femenina, mas acaso sea todo lo contrario. La figura de doña Oliva era más bien como un bello mascarón de proa que abría más fácil camino al navío bibliográfico que apadrinó con su nombre. Nada más que apadrinó (aunque mejor diríamos amadrinó), pues es lo cierto que aquella doctrina del *suco nérveo* propalada en su libro, no era de ella. Después de tres siglos y medio de cantar los críticos a aquella albaceteña, ha venido el gran chasco. En 1903 un registrador de la propiedad, D. José Marco Hidalgo, ha probado que el libro lo escribió el padre de doña Oliva, el farmacéutico de Alcaraz, don Miguel Sabuco, que en Alcaraz, entre retortas y morteros, ideó la teoría que puso a nombre de la hija; acaso por darla ese honor o acaso porque, conforme con lo antes dicho, pensó que así hacía un reclamo a la obra y ésta iba por ello a dar más dinero, pues es lo cierto que si el libro quedó registrado como de su hija, no así el negocio, que se lo reservó para él. Y esto lo hizo constar repetidamente en escritos privados.

La otra obra fué la de Merola, sobre política sacada de la función del cuerpo humano. Pero ninguna sobrepasó a la del navarro. No faltaron por lo demás en aquella época médicos que, ya dentro de disciplinas puramente clínicas, fueran publicistas, refiriéndonos concretamente a Jaén. Así, Cristóbal Méndez, que escribió sobre múltiples problemas. No estaba, co-

mo vemos, Huarte, aislado de compañeros que le incitasen con su ejemplo al trabajo.

Pero la verdad es que su labor fué personalísima y autodidáctica. Se ha dicho que Huarte estudió deficientemente su carrera en la Universidad. No sabemos si las malas normas pedagógicas con que se encontró serían precisamente las que le habrían inducido a la elaboración de este libro, tan diferente de los que entonces se publicaban. Pero la verdad es que si se leen otros coetáneos, por muy encumbrada filosofía médica que brille en ellos, y así era por ejemplo el del divino Vallés, (que poseo en la edición manejada en Alcalá por los condiscípulos de Huarte y en ejemplar firmado por el alumno que lo compró), se ve que hay en ellos una carencia de objetividad, dentro del asunto médico, que no la tiene el del pensador de Baeza. Como libros puramente filosóficos han sido catalogados, y Menéndez Pelayo considera a Vallés como un luminar de la Filosofía. Huarte fue, por encima de todo, médico; y el conocimiento clínico de la época preside su obra.

La fecha de su muerte ha suscitado muchas dudas. Unos la suponen en 1592, otros en 1600, y algunos dicen vagamente que fué a fines del siglo XVI. Sanz ha podido precisar que ocurrió entre el 25 de noviembre de 1588 y el 19 de febrero de 1589. Habría vivido, pues, 59 años. Se sabe que al morir le adeudaba dinero el Concejo. Era su deseo testamentario que se le enterrase en Linares, en la iglesia de Santa María (que era la iglesia mayor); y advertía, literalmente: "En la sepultura donde está enterrada doña Agueda de Villalba, mi esposa que esté en Gloria."

Dejando a un lado todo detalle sobre el contenido de su obra, pues hemos venido a hablar sólo del hombre, vemos que la de éste fué una vida en tono menor en cuanto a su forma social. La de un modesto médico alejado de los grandes centros cortesanos y universitarios. Su cierta sequedad, muy propia de su tierra de origen, y su falta de encumbramiento, nos lo hacen precisamente simpático. No busca la fama a través de mecenazgos, sino que con lo honradamente aprendido en sus estudios, provee para que la familia salga adelante; y su asueto

consiste en trabajar en un nivel más elevado, más tenso que el que le depara la diaria labor. He aquí un hombre ejemplar, que no se proporciona el descanso en la variación de la norma habitual, sino que se crea para su particular uso un juguete que no es ni más ni menos que el cambio de postura cotidiana, haciéndola más penosa. La medicina de alcoba, que le dá el honor y el pan, la imbrica con esta otra del estudio. Es el caso de un violinista que no pudiera para sus vacaciones tener un violín de Ingres, porque ya lo estaba usando a todas horas. Pues bien, Huarte, condenado por extraordinario ejemplo vocacional a esta ausencia de reposo en su laborar, sustituye el instrumento por una orquesta magna; y aquella medicina que le daba su pan de cada día y su honra profesional, la de los récipes y las sangrías, la complementa con la que le va a dar la gloria. Con su Galeno, su Hipócrates, su Demócrito y su sabia criba mental para extraer sublimados los conceptos ajenos y llegar a derivaciones propias, nos lo imaginamos deambulando por calles y campos, entre visita y visita. El horno creador encendido; ignorado todo ello de las buenas gentes, que no pueden adivinar que aquel solitario aparente, no va sólo, sino en encariñado diálogo consigo mismo, abrazado a su pensamiento ideal.

Aquellos maestros de Alcalá, alambicados, cuando no crédulos en demasía, alguno de los cuales creía en males de ojo y otros excesos y hasta decía haber visto muestras de ello, saltando un amuleto defensivo hecho pedazos ante la presencia del aojador, tal vez enseñaron a nuestro médico; pero ¡cuánto tuvieron que aprender luego de aquel modesto medicinante llegado de Baeza! Supo ser uno de esos alumnos, no incondicionales, que aciertan a aprender de sus profesores las nociones útiles y a saber cuáles son las desacertadas. A la larga puede ocurrir que ante estos sea el maestro el que acaba aprendiendo del discípulo. Aquí encaja bien aquello que decía Cajal de que enseñar es la mejor forma de aprender. Una pregunta sagaz del discípulo puede ser una gran enseñanza para el maestro. Huarte fué maestro de maestros; y su magisterio duró a larga fecha.

Fué motejado de tener un poco de judaísmo en sus obras.

Pero lo único que había era que apoyándose en nuestra Historia reconocía que esta raza era particularmente apta para el ejercicio médico. Eso sentó mal a algunos de sus comentaristas. Mas la verdad es que el saber tradicional español en materia clínica estaba muy impregnado de estudios debidos a los judíos. La fuerza semítica empezó a hacerse patente desde que Alfonso VI conquistó Toledo. Los hebreos expulsados de la Bética por edicto de Abdelmunen, fueron aceptados en la ciudad conquistada. A ella llegaron los de las viejas escuelas de Lucena y Córdoba. Frente a las cortapisas que tenían los médicos árabes y las restricciones que la clerecía encontraba en las disposiciones religiosas que iban debilitando la vieja asistencia que el caminante encontraba en los monasterios ante sus desvalimientos por las penalidades del peaje, los judíos hallaban mayor libertad de acción. Traductores de la terapia vegetal árabe y vehiculadores de las ideas de la Antigüedad, fueron médicos de magnates, de reyes y de prohombres. No es extraño, pues, que Huarte tuviera un concepto bueno sobre su actuación en nuestras latitudes.

La resonancia de las ideas del médico de Baeza fueron mundiales. Según Bordeu fué muy imitado, y hasta en Montesquieu aparecen conceptos influidos por él. Lo psicossomático, ahora tan en boga, tuvo en Huarte un admirable anunciador. Y aún más, fué el gran expositor del influjo que sobre lo anímico ejerce lo físico. Usando la terminología de su tiempo discurría sobre lo que podría ocurrir si a cuatro individuos afectos de temperamentos sanguíneo, colérico, flemático y melancólico, se les colocara un paño frente a los ojos y en éstos hubiera una túnica coloreada debida a la impregnación humoral correspondiente al caso. El primero vería el paño rojo; el segundo, amarillo; el otro, blanco; y el último, negro. Cada uno se reiría de los demás. Si no concedemos en nuestra interpretación de lo ajeno lo que en esta hay de influjos personales, parecemos, decía Demócrito, constantes perturbados. Esto recuerda la humorada campoamorina, la de que en el mundo traidor todo es según el color del cristal con que se mira. El adelanto va dando nuevos datos interrelacionadores de las causas determinantes sobre nuestros modos afectivos y pen-

santes, hasta tal extremo, que, si aclaradores, son a la vez complicadores, y requieren nuevas adquisiciones complementarias. Para el que no vive al tanto de todo ello, y se pierde en el maremagnum de la ciencia actual, parece que se hizo la broma que precisamente a Campoamor dieron algunos asíduos a su tertulia. Le dijeron:

“Pues si en el mundo traidor
nada es verdad ni es mentira,
tampoco lo es el color
del cristal con que se mira”.

Con el título de anatomías del espíritu, y otros parecidos, se han publicado muchos trabajos bajo el signo huartiano. Guardia sospechaba que Bacon lo leyó y que se le adhirieron bastantes ideas de nuestro español.

¿Hasta dónde pudo estar influido Gall por él? Los órganos son en su doctrina determinantes de la silueta intelectual y moral. A ello llegó también Lombroso. La herencia física va de la mano de la espiritual. La sombra de Huarte se proyecta sobre la moderna Psicología. Tiene algo de creador. Es hasta posible, dada la gran importancia que se ha concedido a su obra, que ignórase su verdadera dimensión. Es hija de Huarte, pero a la vez ella ha hecho al Huarte que hoy admiramos. Era como un predestinado que vino al mundo para gestar su obra; como la madre del sabio, que lo engendra sin saber lo que fabrican sus entrañas. Por eso Menéndez y Pelayo decía: “Huarte, padre de la Frenología y engendrador inconsciente de no pocos sistemas materialistas”.

El asombroso éxito del libro gestado aquí en estas tierras giennenses y en ellas publicado, fué tal, que en un siglo fueron apareciendo en España y en el extranjero hasta veinte y tres ediciones. Las prensas de Londres, de Amberes, de Venecia, Leyden, Roma, París, Cremona y Lyon, unidas a las de Baeza, Pamplona, Logroño, Bilbao, Huesca, Madrid, Alcalá y Medina del Campo, pregonaron a los cuatro vientos científicos las ideas aquí incubadas. La doctrina de las constituciones, de allí parte. Antes de que la moderna neuro-histología nos probase la dificultad para la restitución funcional de la célula nerviosa, nos decía Huarte

que había visto que en las heridas del cerebro a veces se solía alterar la memoria, otras veces el entendimiento y otras la imaginación; pero que si la solución de continuidad lesional volvía a soldarse, no era seguida ésta de la restauración de aquellas alteraciones psíquicas debidas a la herida.

Era ortodoxo. Para esto, con decir que era navarro, basta. Así le vemos en su testamento y así en su libro; en el que incluso para probar su creencia en la menor dotación mental de la mujer respecto del varón, acude a ejemplos bíblicos; a la elección que la serpiente hizo de Eva y no de Adán para pervertirlos. El hombre, dice, se hubiera defendido mejor. Mas Huarte, trataba, hasta donde se pudiera, de explicar por vías físicas los fenómenos. Cuando esto fallaba, aparecía el milagro. Roma definía. Su libro fué dedicado a su Rey, D. Felipe II. Tuvo todas las aprobaciones eclesiásticas.

Este era el hombre, muy incompletamente visto porque aún queda mucho por saber de su vida. Por las obras se conoce a los hombres. Y en este sentido sí que el navarro nos es bien conocido.

De la mano de muy queridos amigos y compañeros ha venido hoy un médico de procedencia navarra a charlar un rato sobre la vida de aquella gran figura. Ultramontano de aquellas laderas en que Roldán fué derrotado por los españoles en Roncesvalles, Huarte fué después ultramontano de estas otras en las que Miramolín fué también derrotado por los españoles en las Navas de Tolosa. La heroica sangre pirenaica que allí se derramó, era antecesora de la que aquí derramaron las huestes de un Rey, que también yace en Roncesvalles, Sancho el Fuerte. Sangre navarra toda ella, vertida a las órdenes de aquel concertador de la cruzada, el hombre más destacado de su siglo, el Cardenal D. Rodrigo Jiménez de Rada, también navarro. La piqueta del historiador, donde quiera que se hunda en estas lomas, tropieza con osamentas de aquellos hombres.

No vino, ciertamente, a tierra extraña nuestro Huarte cuando llegó a estos parajes. En esta ciudad descansan los restos de aquel extraordinario médico de partido. No se conoce el lugar exacto de su huesa en la iglesia de Santa María. Pero no importa; así estará más garantizada su permanencia en esta tierra.

Así él, que ya lo fué en vida, seguirá siendo vuestro convecino. Pero su vida también sigue alentando entre los españoles amantes de la cultura patria; su voz no enmudeció, pues pervive en las palabras de su libro. Ellas, pese a haber sido concebidas tan pausada y meditadamente, pregonan trompeteras a los cuatro vientos la personalidad de aquel hombre, que, con Servet, con San Martín y con Cajal, forman el grupo de los cuatro grandes que Navarra legó a la Medicina española.



